**NEGOCIAR EL FUTURO DE LA NUTRICIÓN**

Presentación de la FAO**[[1]](#footnote-1)** en Urban Safari and TV Debate
Congreso Internacional sobre Nutrición
Johannesburgo, Sudáfrica, 18 de septiembre, 2005

En nombre del Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, es un placer para mí estar aquí en esta reunión preliminar del Congreso Internacional sobre Nutrición para negociar el futuro de la nutrición.

El mandato de la FAO consiste en elevar los niveles de nutrición y estándares de vida y garantizar que la humanidad no padezca hambre promoviendo el desarrollo agrícola sostenible y la mitigación de la pobreza. La FAO promueve la agricultura, la nutrición, la silvicultura, la pesca y el desarrollo rural para lograr el objetivo de la Cumbre Mundial de la Alimentación de erradicar el hambre. La FAO presta asesoría y asistencia a más de 180 países miembros, actúa como centro de intercambio de conocimientos e información y como foro de promoción y acción para satisfacer las necesidades humanitarias básicas.

Como saben, los líderes mundiales acaban de reunirse (14-16 de septiembre) en Nueva York en una Reunión Plenaria de Alto Nivel de la Asamblea General de la ONU para evaluar los avances alcanzados desde la Cumbre del Milenio de septiembre de 2000. La “Cumbre Mundial 2005”, como ha sido denominada, también orientará las reformas al sistema de seguridad, desarrollo y derechos humanos del sistema de Naciones Unidas.

La FAO, como otras organizaciones del sistema de la ONU, ha estado analizando el entorno cambiante de la cooperación para el desarrollo y, junto con esto, los cambios en la estructura del desarrollo y la asistencia. A la luz de este entorno cambiante, la FAO está reflexionando sobre cómo podría apoyar los esfuerzos de los Estados Miembros para alcanzar, de manera más efectiva, las metas y objetivos acordados internacionalmente emanados de las principales conferencias y cumbres de la ONU, incluidos los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) convenidos en la Cumbre del Milenio 2000.

Principales problemas y desafíos

A pesar de que se producen suficientes alimentos en el mundo para alimentar a todos, una de cada siete personas no consigue lo suficiente para comer. Esto no sólo es inaceptable en lo moral sino también miope en lo económico.

El número total de personas que sufren de desnutrición crónica en los países en desarrollo se ha mantenido persistentemente elevado en más de 800 millones en los últimos diez años. Alrededor del 17% de la población no tiene acceso a una cantidad suficiente de alimentos que satisfaga sus requerimientos diarios que les permita alcanzar el bienestar nutricional. Además, 2 mil millones de personas sufren alguna deficiencia de uno o más micronutrientes. Cientos de millones de personas padecen enfermedades atribuibles a la contaminación de los alimentos y el agua y otras tantas enfermedades no transmisibles asociadas a una dieta excesiva o poco equilibrada.

Según las últimas estimaciones a nivel mundial del informe del Estado de la Inseguridad Alimentaria 2004, 852 millones de personas sufrieron de desnutrición en 2000-2002. Esta cifra incluye 9 millones de personas en los países industrializados, 28 millones en países en transición y 815 millones en el mundo en desarrollo, o alrededor del 17% de la población total de los países en desarrollo. En términos porcentuales y regionales, se traduce a 33% en África subsahariana, 22% en Asia meridional, 21% en el Caribe, 20% en Centroamérica, y 10% en América del Sur. Los avances alcanzados han pasado por alto precisamente a las personas más necesitadas, y en muchos países las desigualdades se están acrecentando. Otras estadísticas relacionadas nos recuerdan que nos vemos enfrentados a enormes desafíos:

* 160 millones de niños menores de cinco años sufre de malnutrición
* Más de 2 mil millones de personas en el mundo padecen deficiencia de hierro o anemia
* 100 millones se encuentran en riesgo de padecer o ya están sufriendo trastornos por deficiencia de yodo
* 40 millones padecen enfermedades asociadas a la carencia de vitamina A
* 40 millones se han visto afectados por el VIH/SIDA
* 12 millones de niños mueren cada año de enfermedades evitables: sarampión, diarrea, paludismo, neumonía, VIH/SIDA y malnutrición
* 800 millones de personas no tienen acceso adecuado a servicios de salud
* Mil millones de personas no tienen accesos a agua salubre
* 2 mil millones carecen de instalaciones sanitarias
* 842 millones de adultos son analfabetos
* 1,3 mil millones de persones viven por debajo de la línea de pobreza
* Han aumentado las enfermedades asociadas a la dieta, tales como algunos tipos de enfermedades cardiovasculares, diabetes, infartos y cáncer

Cualquier esfuerzo que emprendamos para mejorar la salud y bienestar nutricional de toda la población deberá abordar cada uno de estos problemas.

África enfrenta sus propios desafíos. África subsahariana sigue registrando la más alta prevalencia de desnutrición y el mayor aumento en el número de personas desnutridas. Según las últimas estadísticas, 205 millones de personas, o el 27% de la población, padece hambre crónica. En 1992 esta cifra alcanzaba 171 millones, lo que representa un aumento considerable desde entonces. El SIDA, en tanto, ha causado la muerte de más de 7 millones de trabajadores agrícolas en África subsahariana desde 1985 y otros 16 millones podrían morir antes de 2020. La magnitud de estas pérdidas ha tenido un efecto devastador sobre el tejido social y económico de las comunidades rurales. Debido a las necesidades especiales de África, la FAO ha propuesto que se preste especial atención a África en este esfuerzo asumido por los países del G8.

La correlación entre el hambre crónica y las altas tasas de mortalidad sigue siendo impactante, incluso después de tomar en cuenta el impacto del VIH/SIDA y otros factores. Numerosos estudios sugieren que esto dista de ser casualidad: entre el 50 y 60 por ciento de todas las muertes infantiles en el mundo en desarrollo son causadas de manera directa o indirecta por el hambre y la malnutrición. Los impactos negativos en el individuo y los efectos devastadores sobre el desarrollo cultural y económico, la productividad, la educación y los medios de vida de las familias y comunidades afectadas son igualmente chocantes.

El hambre no es sólo injusta moralmente sino, al frenar el desarrollo económico, alimenta conflictos y contribuye a la inseguridad mundial y, por consiguiente, nos afecta a todos.

Cualquier país en el cual un quinto o más de su población padece desnutrición crónica (y más de 50 países se encuentran en esta situación) sabrá cuán difícil es lograr el crecimiento económico acelerado necesario para reducir la pobreza. Es como conducir un automóvil con el freno de mano activado.

No es del todo sorprendente que las cifras de personas que padecen desnutrición crónica en el mundo se hayan mantenido persistentemente elevadas, superando los 800 millones estos últimos diez años, ya que, hasta ahora, han sido pocos los países que han emprendido alguna acción de gran escala para combatir el hambre.

Se requiere de programas de múltiples componentes, armonizados y de gran escala para que podamos marcar una diferencia. La armonización implica que las agencias humanitarias y los donantes deben trabajar de manera conjunta para reforzar los programas, basándose en los documentos de Estrategias de Reducción de la Pobreza (ERP) o programas nacionales equivalentes conducentes a la consecución de los ODM.

¿Pero qué componentes deben contener estos programas nacionales? ¿De qué manera podemos abordar estos problemas de manera más eficaz? ¿Qué estrategias podemos apoyar para reducir el hambre a la mitad en el mundo al 2015?

Acabar con el hambre es fundamental para reducir la pobreza y, de hecho, para la consecución de la mayoría de los otros Objetivos de Desarrollo del Mileno (ODM), especialmente aquellos relacionados con la salud, la educación, género y el aprovechamiento sostenible de los recursos naturales.

Sin embargo, existen numerosos problemas estructurales asociados a esta labor, entre ellos el egoísmo, la indiferencia, la falta de voluntad política, las prácticas comerciales desleales, las desigualdades permanentes en el acceso a bienes y servicios, el crecimiento urbano-regresión rural, la caída de precios que aumenta la inseguridad alimentaria de los agricultores, la degradación ambiental y el cambio climático.

El necesario consenso internacional

Existe amplio consenso respecto de las estrategias para poner fin al hambre. Estos consensos han emanado de varias conferencias y cumbres internacionales, entre ellas la Conferencia Internacional sobre Nutrición (FAO/OMS, 1992), la Cumbre Mundial sobre la Alimentación (FAO, 1996) y la posterior Cumbre Mundial sobre la Alimentación: cinco años después (FAO, 2002), así como el proceso de la Cumbre del Milenio. El Programa de Lucha contra el Hambre de la FAO, el informe del [Grupo de Trabajo sobre el Hambre del Proyecto del Milenio de la ONU](http://www.unmillenniumproject.org/) (“[Reducir el hambre a la mitad: es posible](http://www.unmillenniumproject.org/documents/Hunger-highres-complete.pdf)”) y el Programa general para el desarrollo de la agricultura en África de NEPAD, todos apuntan en la misma dirección. Al final de esta ponencia se presentan detalles de cada uno de ellos, pero en síntesis, lo que se busca es:

* crear un entorno propicio para promover la paz, erradicar la pobreza y eliminar las desigualdades de género;
* promover un sistema de comercio mundial justo orientado al mercado;
* aumentar la inversión en recursos humanos, sistemas de producción de alimentos sostenibles, y desarrollo rural;
* implementar políticas para mejorar el acceso físico y económico de todos a una cantidad de alimentos adecuados, nutricionales e inocuos, y su utilización efectiva;
* enfocarse en la agricultura participativa y sostenible, reconociendo la naturaleza multifuncional de la agricultura;
* emplear un “lente nutricional” para orientar las acciones multisectoriales para mejorar la seguridad alimentaria en el hogar; mejorar la calidad e inocuidad de los alimentos; prevenir, controlar y hacer frente a enfermedades infecciosas y deficiencias de micronutrientes; promover dietas saludables, incluyendo la lactancia materna y estilos de vida saludables, y para atender a los vulnerables, incluidas las personas con SIDA; y afianzar redes de seguridad productivas y prestar asistencia directa;
* prevenir y prepararse para las emergencias;
* formar alianzas contra el hambre

La FAO ha estado al centro de estas discusiones promoviendo estos enfoques.

Sin embargo, las estrategias deben adaptarse a las necesidades locales. Por ejemplo, la baja producción de alimentos debido a la baja productividad agrícola es una de las principales causas del hambre en África tropical y en áreas remotas de Asia y América Latina, en tanto que la pobreza podría ser la causa del hambre en Asia meridional y oriental, América Latina, Asia Central y el Medio Oriente.

En Asia se concentra el 60% de la población desnutrida. Alrededor de la mitad de los niños menores de cinco años en Asia meridional sufre de retraso de crecimiento y bajo peso, y uno de cada diez está emaciado. En la región oriental y del sudeste asiático, el 35% padece retraso de crecimiento, 22% tiene bajo peso y 7% está emaciado. Más de la mitad de la población pobre se concentrará en zonas rurales de Asia al 2035. Las desigualdades entre las zonas rurales y las zonas urbanas en ingresos medios y en educación, salud y sanidad no han disminuido. ¿Quiénes son estos pobres? Son agricultores que trabajan en terrenos marginales donde la comunidad internacional está a punto de perder toda esperanza de encontrar una “nueva revolución verde”; trabajadores sin tierra que generalmente trabajan en zonas agrícolas fecundas; y trabajadores no especializados, los subempleados y los “inempleables” en zonas urbanas.

Pero Asia ha avanzado bastante. La producción alimentaria y agrícola ha alcanzado cifras record, los ingresos per cápita han subido (de $237 en 1970 a $2.416 en 2003), ha crecido la capacidad para importar alimentos, y ha mejorado la capacidad para hacer frente a emergencias. El crecimiento demográfico y las tasas de pobreza han bajado, las tasas de alfabetización han subido, y la cantidad de personas que padecen desnutrición o hambre ha disminuido. La mayor parte de estos avances se ha logrado gracias a la mayor productividad de la tierra y de la mano de obra debido al acceso y uso efectivo de tecnologías modernas, el mayor capital financiero y mejor capital humano. Los análisis indican que la mitigación de la pobreza rural es sinónimo de la expansión del empleo en actividades no agrícolas la que, a su vez, depende del crecimiento en la producción agrícola y los ingresos de los agricultores; de una buena infraestructura que permita el acceso fácil a los mercados; la inversión en recursos humanos y de un sistema de crédito rural que ofrezca capital de explotación para ir en apoyo de la pequeña y mediana empresa.

La reducción y estabilidad de los precios de los alimentos tiene directa relación con la disminución de la pobreza ya que reporta beneficios evidentes a la población pobre que reside en zonas urbanas y también puede beneficiar a los productores de alimentos si consiguen aumentar la productividad siendo más eficientes y, por lo tanto, pueden reducir el costo de producción al anticiparse a las caídas de los precios. Los precios más bajos y estables de los alimentos también contribuyen de manera significativa al crecimiento industrial y del sector alimentario rural y, por ende, al crecimiento del empleo. El crecimiento de la agricultura comercial y diversificada crea las bases para la industria. Pero si los ODM han de alcanzarse, los beneficios de todo esto deben alcanzar a los pobres. Una estrategia integral de reducción de la pobreza debe, por lo tanto, contemplar el aumento de la producción alimentaria y agrícola a fin de estimular la producción y aumentar los ingresos de los agricultores pobres. Por lo tanto, debe darse prioridad al crecimiento impulsado por la agricultura y el desarrollo rural.

Casi tres cuartos de los pobres residen en zonas rurales y, por consiguiente, dependen en gran medida del sector agrícola para su supervivencia. El creciente número de pobres urbanos podría explicarse, en parte, por la declinación del sector agrícola y rural. Incrementar la producción y los ingresos de los pobres puede mejorar la seguridad alimentaria y nutricional y generar una transición demográfica producto de las tasas más bajas de fertilidad y dependencia, un aumento de los ahorros y la creación de oportunidades para el sector rural no agrícola a través de vínculos de demanda y efectos multiplicadores, lo que conduce a una recuperación sostenida de la economía. En consecuencia, la agricultura es el único y verdadero instrumento a corto plazo que permitirá reducir la pobreza, y el desarrollo agrícola debe recuperar el lugar central que le corresponde en los programas de ayuda para el desarrollo. Esto es lo que sostiene el Programa contra el Hambre de la FAO.

También constituye la base para la Declaración de Maputo 2003. En ella, los gobiernos africanos se comprometieron a combatir el hambre y la pobreza revitalizando el sector agrícola, enfocándose especialmente en los pequeños agricultores tradicionales en las zonas rurales, colocando el énfasis en el fortalecimiento de la capacidad humana, y la eliminación de las restricciones a la producción y comercialización agrícola. Es así como reconocen los vínculos entre el subdesarrollo agrícola y la pobreza, el hambre y la malnutrición, al igual que otros factores como el financiamiento insuficiente, la falta de un adecuado control y gestión del agua, la escasez de infraestructura rural y la poca investigación agrícola, así como también la amenaza del VIH/SIDA que está agravando la crisis de la agricultura.

El Programa de Lucha contra el Hambre de la FAO

El hambre no disminuirá automáticamente al reducirse la pobreza, y los que padecen malnutrición ya no pueden seguir esperando a que el desarrollo económico los saque de la pobreza. Para poder avanzar rápidamente en la reducción del hambre y la pobreza, la FAO promueve un enfoque de “doble vía” que combina la inversión en la agricultura pro pobres y el desarrollo económico, tal como se describió arriba, pero conjuntamente con asistencia directa e inmediata para satisfacer las necesidades alimentarias y otras de los más necesitados.

El Programa de Lucha contra el Hambre de la FAO reconoce que, a pesar de que se produce suficiente alimento en el mundo para alimentar a todos, una de cada siete personas no consigue lo suficiente para comer. Esto no sólo es inaceptable en lo moral sino también miope en lo económico. Para la FAO, la reducción del hambre y la pobreza es posible si se emplea un enfoque de “doble vía” que promueve el desarrollo agrícola sostenible amplio con particular énfasis en mejorar el desempeño de los pequeños agricultores, junto con la creación de redes de seguridad y programas focalizados que garanticen que quienes se encuentran en situación de inseguridad alimentaria y no tienen la capacidad de producir sus propios alimentos ni cuentan con los medios para adquirirlos tengan acceso a un suministro adecuado. Dichos programas de asistencia de alimentos directa son necesarios pues permiten a los Estados cumplir su responsabilidad hacia sus ciudadanos de garantizar el derecho a la alimentación y una inversión productiva que pueda contribuir a poner fin al hambre. Entre las prioridades para la acción nacional e internacional empleando el enfoque de “doble vía” para reducir el hambre, se incluyen:

* otorgar mayor prioridad al aumento de la productividad agrícola en las comunidades rurales pobres;
* desarrollar y conservar los recursos naturales
* mejorar la infraestructura rural y el acceso a los mercados;
* fortalecer la capacidad de generación y difusión de conocimientos;
* redes de seguridad y asistencia directa, incluyendo programas de alimentación escolar y otras transferencias para garantizar el acceso de los más necesitados a los alimentos.

Se necesitan otros $24 mil millones al año para financiar un programa con múltiples componentes para alcanzar la meta de la CMA al 2015, incluyendo $5,2 mil millones al año para garantizar el acceso adecuado a los alimentos de 214 millones personas que sufren carencias nutricionales en el mundo.

Las agencias de la ONU y las organizaciones no gubernamentales que se han asociado para formar la [Alianza Internacional contra el Hambre](http://www.iaahp.net/) ([AICH](http://www.fao.org/DOCREP/006/Y9550E/Y9550E00.HTM)) a objeto de sensibilizar al público y afianzar la acción pública en la lucha contra el hambre concuerdan con este enfoque, haciendo hincapié en la importancia de la adaptación local para reforzar su carácter nacional. Asimismo, [el Programa general para el desarrollo de la agricultura en África](http://www.fao.org/docrep/005/Y6831E/Y6831E00.htm) (CAADP) de la Nueva Asociación para el Desarrollo de África [(NEPAD)](http://www.fao.org/docrep/005/Y6831E/Y6831E00.htm) busca revitalizar la lucha contra la pobreza y el hambre en el continente africano a través del desarrollo económico rápido basado en la agricultura. Esto refleja el hecho de que la agricultura afecta de manera directa los medios de vida del 70% de la población de África. Los gobiernos africanos se han comprometido a aportar al menos el 10% de sus presupuestos al desarrollo agrícola y rural y a la seguridad alimentaria a lo largo de los próximos cinco años.

¿Qué se puede hacer?

Sólo quedan diez años para tomar las acciones necesarias para que todos los países en desarrollo alcancen las metas acordadas en la Cumbre del Milenio en 2000. Debemos centrarnos en la asistencia para el desarrollo en los países de bajos ingresos que están comprometidos con el crecimiento y la reducción de la pobreza, con un gobierno democrático, responsable y transparente, y la sólida gestión de los fondos públicos. Sin embargo, es necesario responder a las crisis humanitarias y prestar asistencia a los países que se vean afectados por o corren algún riesgo de conflictos, dondequiera que surjan.

Debemos mantener el enfoque del G8 en África, ya que es el único continente que no marcha por buen camino si ha de lograr los objetivos al 2015. Sin embargo, ha habido avances considerables. En los últimos cinco años, más de dos tercios de los países de África subsahariana han tenido elecciones democráticas. La inflación ha bajado a un quinto de lo que era hace una década. El crecimiento en 16 países africanos aumentó en promedio más de 4% a lo largo de la última década, mucho más de lo que se ha registrado en los principales países desarrollados. Un total de 24 países africanos han accedido a que su progreso sea evaluado por sus pares. Y la promoción de la buena gobernanza, la paz y seguridad y el desarrollo económico están al centro del quehacer de la Unión Africana (UA) y de su programa Nueva Asociación para el Desarrollo de África (NEPAD). Tenemos que apoyar un conjunto de acciones globales que aumenten la productividad agrícola, fortalezcan los vínculos urbanos-rurales y empoderen a los sectores más pobres y vulnerables de la sociedad. Esto debe basarse en iniciativas nacionales e implementarse de manera conjunta con el Programa general para el desarrollo de la agricultura en África de la UA/NEPAD y otras iniciativas africanas.

Los ODM fundamentalmente buscan garantizar que el desarrollo social y económico se centre en los pobres con el principal objetivo de crear una población bien alimentada, sana y educada que tenga acceso adecuado y equitativo a los bienes y servicios básicos, y que vivan y trabajen en un ambiente seguro y tranquilo. Esto implica anteponer las personas a todo lo demás. En la agricultura, esto significa dar prioridad a los agricultores y no sólo a los cultivos y los árboles, a los campesinos y no sólo el ganado, a los pescadores y no sólo los peces. Significa reorientar los esfuerzos para que puedan abordar mejor la nutrición, la seguridad alimentaria y asuntos de supervivencia de los pobres, los individuos y las familias. Significa colocar los alimentos, la seguridad alimentaria y la agricultura al centro del desarrollo social y económico.

La reducción del hambre y la pobreza extrema es la principal meta de desarrollo de los Objetivos de Desarrollo del Milenio adoptados por la Asamblea General de la ONU en 2000. También es un elemento central de la agenda de desarrollo internacional y un instrumento para medir el progreso. Sin embargo, ya llevamos bastante retraso en este objetivo y si queremos cumplir estas metas, de erradicar el hambre y la malnutrición en el mundo, necesariamente se tienen que dar estas tres condiciones facilitadoras:

**Primero**, el mejoramiento del bienestar de las personas debe ser el eje del desarrollo social y económico.

Centrar el desarrollo en las personas significa anteponer las personas a todo lo demás. Debemos invertir en el desarrollo económico y social para abordar la pobreza y el hambre de manera simultánea. Significa invertir no sólo en producción sino en las personas y los procesos. En la agricultura, anteponer las personas a todo lo demás significa dar prioridad a los agricultores y no sólo a los cultivos y los árboles, a los campesinos y no sólo el ganado, a los pescadores y no sólo los peces. Significa reorientar los esfuerzos para abordar mejor la nutrición, la seguridad alimentaria y cuestiones de supervivencia de los pobres, de individuos y las familias. Significa colocar los alimentos, la seguridad alimentaria y la agricultura al frente del desarrollo social y económico. También significa implementar políticas de apoyo y mejores servicios en otros sectores, particularmente los de salud, educación y servicios sociales para apoyar las vidas y medios de sustento de las familias agriculturas y los consumidores.

**Segundo**, todos los Estados necesitan asumir su responsabilidad de satisfacer las necesidades básicas de su pueblo, incluido el derecho a la alimentación. Para esto se requiere de un compromiso político para poder lograr los niveles acordados de asistencia para el desarrollo e implementar políticas y programas adecuados; la creación de un entorno internacional equitativo para expandir el comercio y la ayuda; y prestar apoyo a iniciativas específicas regionales como la NEPAD.

**Tercero**, las sociedades deben organizarse para alcanzar las metas de bienestar humano y para satisfacer las necesidades básicas mínimas. Reconocemos las obligaciones de los Estados, sin embargo debemos comprender que el compromiso y participación activos de las personas y de la sociedad civil será lo que a la larga marcará la diferencia. Esto subyace el énfasis que se le ha dado a la participación y empoderamiento de la comunidad ya que son las personas las llamadas a desempeñar un papel más importante en su propio desarrollo.

Medidas prácticas para acabar con el hambre

Reducir el hambre en el mundo a la mitad está dentro de nuestras posibilidades. El Secretario General de la ONU, Kofi Annan, ha propuesto impulsar una “revolución verde auténticamente africana” a partir de los conocimientos actuales e implementando intervenciones que sean pro pobres, pro mujer y pro medio ambiente para transformar la agricultura, la nutrición y los mercados de la región.

Comencemos por ayudar a los países e instituciones que ya se han comprometido a poner fin al hambre para desarrollar, financiar e implementar programas integrales nacionales de seguridad alimentaria y de mejoramiento de la nutrición.

Debemos armonizar la prestación de ayuda para el desarrollo con las agencias de asistencia y los donantes, trabajando de manera conjunta para fortalecer los programas nacionales basados en los documentos de Estrategias de Reducción de la Pobreza (ERP) o programas de ODM nacionales equivalentes.

El hambre debe ser considerada como una cuestión de consumo y no necesariamente de oferta. Por lo tanto, en vez de colocar el énfasis en aumentar la oferta, lo cual generalmente implica trabajar con agricultores que ya se encuentran en situación de ventaja y cuentan con terrenos fecundos y mejor acceso a servicios y mercados, ayudemos también al gran número de comunidades vulnerables que dependen de la agricultura a aumentar la productividad y que esto se vea reflejado en un consumo mayor y mejor de alimentos. Esto permitirá que un mayor número de personas puedan dar el primer paso para salir de la pobreza al escapar de la “trampa de la malnutrición” en la cual la escasez de alimentos limita su capacidad de trabajo y aprendizaje, y los deja expuestos a la inseguridad alimentaria y la enfermedad.

Las personas que se encuentran en situación de inseguridad alimentaria, incluyendo los sin tierra, necesitan apoyo para identificar e implementar soluciones al hambre crónica con localización específica, haciendo un uso más productivo de los pocos recursos y servicios a su disposición. Las acciones comprobadas de bajo riesgo que empoderan a las familias que padecen hambre crónica para mejorar sus vidas podrían posteriormente ampliarse empleando a agricultores capacitados como facilitadores. El programa puede mejorarse y ampliarse en base a las lecciones aprendidas y las opiniones y comentarios de quienes están involucrados directamente.

La dimensión de acceso a los alimentos e inseguridad nutricional debe abordarse creando, de manera progresiva, una gama de programas de protección social enfocados hacia distintas categorías de personas en situación de inseguridad alimentaria. Estos no deben considerarse como programas de “asistencia social” sino como inversiones económicamente viables en capital humano, así como también un mecanismo para estimular el crecimiento económico rural al traducir las necesidades alimentarias no satisfechas en demandas efectivas.

Los programas de nutrición comunitarios que fomentan la participación plena y cooperación de toda la comunidad, maximizan la utilización de recursos locales, aprovechan los beneficios de las nuevas tecnologías para mejorar la productividad, involucran a diversos sectores y afianzan un fuerte compromiso político, son una forma eficaz de mejorar la nutrición y estaban dentro de las recomendaciones específicas del Grupo de Trabajo sobre Hambre. Para que estos programas tengan éxito, deben existir mecanismos de financiamiento adecuados para transferir recursos a las comunidades, las asociaciones de agricultores y los gobiernos locales para que inviertan en el desarrollo impulsado por la comunidad. Todos los actores involucrados deben participar, especialmente los miembros de la comunidad local, lo cual requerirá de una fuerte inversión para la capacitación de los facilitadores. Sin la acción local, los esfuerzos por alcanzar todos los ODM seguirán siendo de arriba abajo, impulsados por la oferta, e ineficaces.

Los asuntos de igualdad de género deben ser un elemento central de todo proceso de acción comunitaria. La mayor participación de los pobres y vulnerables y de la mujer en el proceso de desarrollo que surja de los programas de nutrición comunitarios eficaces generará una demanda mayor y efectiva por mejores servicios y un uso más eficaz de los recursos existentes. Se necesita de intervenciones integrales, que se complementen y refuercen entre sí, formuladas para lograr los ODM acordados, con metas e indicadores nutricionales y enfoques de nutrición comunitarios participativos para diseñar y monitorearlos.

¿Qué más se puede hacer?

Necesitamos afrontar la falta de voluntad política mediante una creciente actividad de promoción de un mundo sin hambre.

Necesitamos incrementar la sostenibilidad medioambiental y social de los sistemas alimentarios. La producción de alimentos se ha mantenido al ritmo del crecimiento demográfico, sin embargo, ha sido a un costo considerable en términos medioambientales y humanos. Debe prestarse mayor atención a los sistemas de producción, procesamiento y distribución que satisfagan las necesidades humanas sin agotar los recursos naturales.

Necesitamos afrontar mejor la acelerada globalización que ha tenido consecuencias tanto positivas como negativas. Debe amortiguarse el impacto devastador que estos procesos han tenido sobre la sostenibilidad de la agricultura y la nutrición, la salud y los medios de vida de quienes se encuentran en situación de vulnerabilidad. La bioseguridad, la protección del consumidor, la calidad e inocuidad de los alimentos, los hábitos alimentarios saludables, el derecho a la alimentación y las emergencias son todas áreas en las que se debe prestar especial atención.

Necesitamos ampliar la movilización de recursos, los flujos de ayuda y alivio de la deuda, y garantizar que sean dirigidos específicamente hacia los pobres y vulnerables y, por lo tanto, especialmente a los sectores agrícolas, de desarrollo rural, seguridad alimentaria y nutrición.

Y necesitamos armonizar la prestación de la asistencia para el desarrollo con otras agencias y copartícipes en el desarrollo para fortalecer los programas impulsados por los países, incluyendo los documentos de ERP o programas nacionales de ODM equivalentes y Enfoques Sectoriales (SWAp, por su sigla en inglés), y ampliar las asociaciones incorporando instituciones privadas, civiles y académicas, tales como la Alianza Internacional Contra el Hambre.

Finalmente, necesitamos crear alianzas nacionales contra el hambre y que la sociedad en su conjunto se comprometa plenamente en un esfuerzo verdaderamente nacional.

Para finalizar, podemos avanzar en la lucha contra el hambre y la malnutrición si nos negamos a aceptar lo inaceptable y a tolerar lo intolerable.

La FAO les invita a participar con nosotros en nuestro esfuerzo común por reducir el hambre mediante el apoyo a la agricultura sostenible y el desarrollo rural, y garantizando un acceso más amplio a los alimentos en base a la dignidad y medios de vida de las mismas comunidades.

Tenemos claro lo que hay que hacer para combatir el hambre; ahora es sólo cuestión de tomar la decisión de hacerlo.

Gracias.

**Acuerdos Internacionales**

La Conferencia Internacional sobre Nutrición

Las acciones para mejorar la nutrición avaladas por la Declaración Mundial sobre la Nutrición y Plan de Acción, Roma 1992, identificadas en consultas realizadas alrededor del mundo de cara a la CIN se agrupan en nueve temas de orientación práctica:

1. Emplear un lente nutricional – incorporar objetivos nutricionales a las políticas y programas de desarrollo a fin de que todos los sectores, entre ellos el agrícola, de la salud, educación y de bienestar social, incluyan de manera explícita el mejoramiento del estado nutricional dentro de sus metas;
2. Mejorar la seguridad alimentaria en el hogar;
3. Mejorar la calidad e inocuidad de los alimentos;
4. Prevenir y controlar las enfermedades infecciosas;
5. Promover la lactancia materna;
6. Prestar cuidados a las personas en situación de vulnerabilidad;
7. Prevenir y controlar las deficiencias de micronutrientes;
8. Promover regímenes alimentarios adecuados y estilos de vida saludables;
9. Evaluar y monitorear las situaciones nutricionales.

Cumbre Mundial sobre la Alimentación

La Cumbre Mundial sobre la Alimentación se realizó en 1996 como respuesta a la desnutrición generalizada y persistente y la creciente preocupación por la capacidad de la agricultura de satisfacer las necesidades futuras de alimentos. Su objetivo era “renovar el compromiso mundial al más alto nivel político a fin de erradicar el hambre y la malnutrición y conseguir la seguridad alimentaria sostenible para todos”. También estableció como meta reducir el número de personas desnutridas a la mitad del nivel actual no más allá de 2015. Esta meta fue incorporada más tarde al primer ODM. La Declaración de Roma estableció siete compromisos para sentar las bases de la seguridad alimentaria sostenible para todos y el Plan de Acción detalla los objetivos y acciones que deben llevarse a cabo para que puedan implementarse estos siete objetivos de manera práctica:

1. Crear un entorno político, social y económico propicio para la erradicación de la pobreza, eliminar las desigualdades de género y promover la paz duradera;
2. Aplicar políticas que tengan por objeto erradicar la pobreza y la desigualdad y mejorar el acceso físico y económico de todos en todo momento a alimentos suficientes, nutricionalmente adecuados e inocuos, y su utilización efectiva;
3. Apoyar la agricultura participativa y sostenible, considerando el carácter multifuncional de la agricultura;
4. Asegurar que las políticas de comercio alimentario y agrícola y de comercio en general contribuyan a fomentar la seguridad alimentaria para todos a través de un sistema de comercio mundial leal y orientado al mercado;
5. Prevenir y estar preparados para afrontar las catástrofes naturales y emergencias de origen humano, y responder de maneras que fomenten la recuperación, la rehabilitación y el desarrollo;
6. Aumentar la inversión en recursos humanos, los sistemas alimentarios, agrícolas, pesqueros y forestales sostenibles y el desarrollo rural;
7. Monitoreo y seguimiento.

El Grupo de Trabajo sobre el Hambre

El informe del Grupo de Trabajo sobre el Hambre del Proyecto del Milenio de la ONU fue encomendado por el Secretario General de la ONU para prestar asesoría sobre las mejores estrategias para lograr los ODM. El Grupo de Trabajo sobre el Hambre presentó las siguientes siete recomendaciones:

1. Pasar de la declaración a la acción: reforzar las acciones de combate al hambre, sensibilizar más a la población y aumentar la capacidad local, así como recopilar datos que sirvan para la promoción y el seguimiento;
2. Crear un entorno propicio: por ejemplo, aumentar la inversión en agricultura y en los sectores rurales, mejorar el acceso a recursos productivos, eliminar los prejuicios de género y los obstáculos al comercio, vincular los programas de nutrición con los programas agrícolas, fortalecer la capacidad local, especialmente en los focos del hambre, y forjar alianzas para combatir el hambre;
3. Incrementar la productividad agrícola de los agricultores en situación de inseguridad alimentaria mediante la mejora de los suelos, la gestión de los recursos hídricos, el acceso a mejores semillas, el fomento de la diversificación con productos de mayor valor y mejorar la extensión agrícola (escuelas de campo para agricultores);
4. Mejorar la nutrición de los grupos vulnerables que padecen hambre crónica: enfocado hacia los niños menores de dos años y mujeres embarazadas y madres lactantes empleando el enfoque de ciclo de vida, alimentación escolar con alimentos producidos localmente, educación en nutrición y salud, incluido el VIH/SIDA;
5. Reducir la vulnerabilidad mediante redes de seguridad productivas: reforzar los sistemas de alerta temprana, incrementar la resiliencia, emplear a quienes se han visto afectados en actividades comunitarias que reduzcan la vulnerabilidad y, a la vez, aumenten la productividad a largo plazo;
6. Aumentar los ingresos y que los mercados beneficien a los pobres: un marco jurídico, servicios financieros, información de mercado y fomentar el procesamiento para aumentar el valor agregado;
7. Proteger los recursos naturales para la seguridad alimentaria: para lograr un impacto más temprano, focalizar la inversión hacia la recuperación de zonas degradadas donde se concentra el mayor número de personas que padecen hambre.

El Grupo de Trabajo sobre el Hambre identificó tres iniciativas que forman “puntos de acceso” sinérgicos especialmente prometedores en la lucha contra el hambre:

* programas de nutrición comunitarios
* programas de alimentación escolar con alimentos producidos localmente
* inversiones en la salud del suelo y el agua

Un programa nutricional comunitario marcará rápidamente la diferencia dentro los grupos más vulnerables; la mayor producción alcanzada al mejorar los suelos y recursos hídricos encontrará un mercado propicio en el programa de alimentación escolar con alimentos producidos localmente; este último producirá mejores resultados educacionales, especialmente entre las niñas, lo cual debería resultar eficaz en mejorar la nutrición y salud tanto de las madres como sus bebés a mediano y largo plazo.

La Alianza Internacional contra el Hambre

La Alianza Internacional contra el Hambre ha establecido una posición de liderazgo mundial, político y moral. Su objetivo es fomentar la colaboración entre los diversos actores involucrados en la lucha contra el hambre. Presentada con ocasión del Día Mundial de la Alimentación en 2003 para servir de marco dentro del cual todos quienes están comprometidos con la erradicación del hambre en el mundo pudieran unir fuerzas y, de este modo, aumentar la efectividad y escala de sus acciones. Los miembros fundadores son las cuatro instituciones de la ONU con sede en Roma que trabajan en el ámbito de la alimentación y la agricultura, así como varias organizaciones no gubernamentales internacionales. Los miembros comparten el compromiso de poner fin al hambre y la certeza de que es posible alcanzar la meta de la Cumbre Mundial de la Alimentación y el Objetivo de Desarrollo del Mileno de reducir el hambre a la mitad para 2015. Más de 80 países, tanto en desarrollo como desarrollados, han expresado su interés en organizar una Alianza Nacional contra el Hambre en sus respectivos países para reunir a la sociedad civil, los gobiernos y las instituciones internacionales en la lucha contra el hambre.

NEPAD y CAADP

[El Programa general para el desarrollo de la agricultura en África (CAADP) de la Nueva Asociación para el Desarrollo de África (NEPAD) busca revitalizar la lucha contra la pobreza y el hambre en el continente africano a través del desarrollo económico acelerado basado en la agricultura](http://www.fao.org/docrep/005/Y6831E/Y6831E00.htm). El hecho de que la agricultura es el único sector económico en su primer Plan de Acción refleja el hecho de que la agricultura afecta de manera directa los medios de vida del 70% de la población africana. Los gobiernos se han comprometido a destinar el 10% de sus presupuestos al desarrollo agrícola y rural y la inseguridad alimentaria por un período de cinco años.

Apuntes

*El hambre* es una crisis compleja. Para superar esta crisis, debemos abordar los desafíos interrelacionados de la agricultura, la salud, la nutrición, las condiciones de mercados adversas e injustas, la débil infraestructura y la degradación del medio ambiente. África aún no ha tenido su propia “revolución verde”. Esto se debe en parte a que los avances científicos que tuvieron tanto éxito en otros lugares no son directamente aplicables en África. Los agricultores africanos dependen en gran medida de la agricultura de secano, no en la irrigación, lo cual los deja en una situación de vulnerabilidad frente a las perturbaciones climáticas. Los agricultores africanos también enfrentan costos de transporte más altos. Los suelos usados para sus cosechas se han agotado de nutrientes casi por completo. La erosión, la deforestación y la pérdida de biodiversidad también tienen un impacto directo.

El hambre se ve agravada por la pobreza, las guerras y disturbios civiles, la injusticia social, la mala gobernanza, opciones de política interna inoportunas, un entorno comercial internacional desleal, el VIH/SIDA y otras restricciones del sector de salud/social. Con frecuencia es consecuencia de desastres naturales y de la degradación del medio ambiente.

El hambre es tanto causa como efecto de la pobreza. Actúa como freno al crecimiento económico debido a las pérdidas de productividad laboral y, por ende, en el PIB, y limita el progreso hacia la reducción de la pobreza. Los pobres y quienes padecen hambre con frecuencia se ven enfrentados a la exclusión social y política. Tienen poco acceso a la educación, servicios de salud y agua potable salubre. El desafío de reducir el hambre a la mitad está, por lo tanto, íntimamente relacionado con la consecución de los otros ODM. Es particularmente importante que la reducción de la pobreza forme parte íntegra de las estrategias de reducción de la pobreza ya que no se podrá avanzar mucho en la reducción de la pobreza mientras grandes cantidades de personas sigan sufriendo de hambre.

La mayoría de quienes padecen hambre vive en áreas rurales, y gran parte de ellos son pequeños agricultores o sin tierras. Estas personas se encuentran en una situación particularmente vulnerables a crisis y riesgos. La discriminación de género así como el VIH/SIDA y el cambio climático son factores cruciales en la lucha contra el hambre.

“El hambre y la malnutrición son inaceptables en un mundo que cuenta con el conocimiento y recursos para poner fin a esta catástrofe humana” – CIN, 1992.

*La desnutrición crónica* es causada por el acceso limitado, de manera constante o recurrente, a alimentos de calidad y en cantidad suficiente, y se asocia frecuentemente a una mala salud e inadecuadas prácticas de cuidados. Las consecuencias de esto en los niños son el bajo peso y retraso de crecimiento, así como altas tasas de mortalidad infantil producto de las enfermedades asociadas. El hambre oculta causada por la falta de micronutrientes esenciales (vitaminas y minerales) aqueja a más de 2 mil millones de personas.

Los niños mal alimentados padecen retraso de crecimiento, una menor capacidad cognitiva y menor desarrollo físico. Resistir enfermedades se les hace difícil, y tampoco pueden aprender a su máximo potencial. La capacidad laboral de los adultos malnutridos es menor, y son más propensos a enfermedades y ausentismo. Sufre la productividad, bajan los ingresos familiares así como el PIB del país. Sube el gasto en salud y en otros sectores, lo que reduce aún más la renta disponible de los hogares. En otras palabras, el desarrollo no puede lograrse a falta de una buena nutrición.

El bienestar nutricional es tanto un objetivo de como un insumo para el desarrollo. En consecuencia, el estado nutricional debe reconocerse con un indicador clave de la pobreza y el hambre. Y una buena nutrición debe ser considerada un elemento fundamental para el logro de las metas sociales, económicas, de salud y educacionales de los ODM.

*La pobreza*: A pesar de que la “revolución verde” ha generado una mayor producción de alimentos y ha bajado los costos, muchos pobres aún no cuentan con los medios para comprar alimentos suficientes. Su pobreza se asocia generalmente a deficiencias de macro y micronutrientes – generalmente debido a un pobre régimen alimentario que consiste principalmente en alimentos feculentos y el escaso consumo de productos de origen animal, vegetales y frutas.

*La seguridad alimentaria* supone el acceso físico y económico a alimentos en cantidad suficiente y de calidad adecuada. La seguridad alimentaria es necesaria, pero no suficiente, para garantizar la seguridad nutricional. La seguridad nutricional se logra en el hogar cuando el acceso seguro a y consumo de alimentos nutritivos se da en un ambiente higiénico, con servicios de salud y cuidados adecuados que garanticen una vida saludable a todos los miembros de la familia.

*La inseguridad alimentaria*: A pesar del aumento en el rendimiento de los principales cultivos, aún persiste la baja producción alimentaria en las zonas rurales, especialmente en aquellos lugares donde la agricultura es de secano. Las zonas más afectadas son las que se encuentran más apartadas de los mercados y/o donde la producción agrícola corre riesgos. El acceso inadecuado a mercados significa que muchos agricultores no pueden diversificarse a productos de mayor valor o agregar valor a través del procesamiento. Debido al inadecuado almacenamiento de granos y la necesidad de contar con dinero en efectivo, muchos pequeños agricultores se ven obligados a vender sus productos a precios reducidos inmediatamente después de ser cosechados, y después volver a comprar los mismo productos pero a precios más altos para poder alimentar a sus familias hasta la próxima cosecha.

*Salud*: La buena salud, junto el agua salubre y buen saneamiento, es vital si ha de mantenerse una nutrición adecuada. Las enfermedades infecciosas más comunes y los parásitos no permiten a las personas absorber o utilizar los alimentos de manera adecuada. La interacción funciona en ambos sentidos: la malnutrición y el hambre son el principal factor de riesgo de enfermedad a nivel mundial. Por ejemplo, la malnutrición debilita el sistema inmunológico y las fuerzas de quienes padecen VIH/SIDA, lo que hace que sucumben a la enfermedad más rápidamente.

1. Ponencia presentada por Brian Thompson, Oficial Superior de Nutrición, Dirección de Nutrición y Protección del Consumidor de la FAO. El autor agradece la colaboración de Andrew Macmillan, Director TCOD, y Saifullah Syed, Oficial Superior TCOR, en la elaboración de esta ponencia. [↑](#footnote-ref-1)